

# Prólogo

«SER LIBERAL EN ESPAÑA ES SER UN EMI-GRADO POLÍTICO EN POTENCIA», escribió acertadamente Mariano José de Larra más de quince años después de que la intelectualidad implicada en las reformas napoleónicas y los doceañistas de Cádiz hubieran estrenado el camino del exilio, que habrían de seguir tantos españoles del siglo XIX fieles a sus ideas políticas.

Pero las amargas palabras de Larra, el liberal español más representativo, la voz misma de la España liberal de 1833-1837, sirven también para explicar la situación de los revolucionarios comprometidos en las guerras de emancipación de Hispanoamérica. Porque ser liberal al otro lado del Atlántico, en las provincias ultramarinas del Imperio español, también se convirtió en conspirar, pelear, sufrir prisiones y desencantos y, sobre todo, soportar exilios. Para los precursores y los fundadores de las repúblicas independientes de Centroamérica y América del Sur, huir del absolutismo

## MÁS LIBERAL QUE LIBERTADOR

borbónico y refugiarse en Londres o Filadelfia fue tan común como para los liberales españoles de 1812 y 1823 escapar a Gibraltar, Londres o París. Durante años, unos y otros vivieron en una especie de residencia flotante, siempre a la espera del acontecimiento que pudiera facilitarles el retorno y allanase la senda de sus planteamientos políticos.

En el caso de las independencias suramericanas, la tradición del exilio comienza con el venezolano Francisco de Miranda, quien vivió en primera persona los dos acontecimientos internacionales que debilitaron las viejas fortalezas españolas de América, engarzando los descontentos criollos en una ideología y sirviendo de ejemplo a los jóvenes rebeldes hispanoamericanos. Hablo de la Revolución de independencia en Norteamérica y de la Revolución francesa de 1789.

Antes de que Bolívar empezara a conspirar, Miranda había viajado por Europa, Gran Bretaña y Estados Unidos, y había participado en la guerra de independencia de los patriotas norteamericanos y en las jornadas revolucionarias de Francia. La primera dio a Miranda sobrados motivos de reflexión, y le llevó a la conclusión de que la independencia de las posesiones americanas del Imperio español no podía retrasarse. No era lógico que territorios tan vastos y diseminados estuvieran gobernados por una metrópoli situada a miles de millas de distancia. Las segundas, que repercutieron en el mundo entero e hicieron estremecer tanto a los terratenientes y comerciantes criollos como a los ministros de Carlos IV, le enseñaron que la libertad es un bien precioso como el agua, y que, como ella, si no la guardamos, se derrama, se nos escapa y se disipa.

Viajero cosmopolita, general revolucionario, liberal moderado y transatlántico, Francisco de Miranda es el prototipo de ilustrado, un espíritu admirablemente indomable y vigoroso que miró cara a cara al Terror de los jacobinos y llegó a ver la sombra de la guillotina

na sobre su cabeza. Al girondino Brissot le pareció el hombre adecuado para llevar la Revolución a América. A Robespierre, un militar que conspiraba con los monárquicos. A Napoleón, un don Quijote, «con la diferencia de que no está loco». Él, que había tenido una actuación brillante como general de la Revolución, expresó su punto de vista sobre la Convención en pocas palabras: «Quiero la libertad, pero no una libertad basada en la sangre y la falta de piedad, como la que ha sido orden del día en este país hasta hace poco».

Para Miranda, el mayor peligro siempre estuvo en la aparición de principios extremistas, «que envenenan la libertad en la cuna y la destruyen». Hombre de acción destacado y resuelto, tras su paso por Francia se convirtió en el centro de todas las conjuras contra España. Con su imprenta auestas, él representó la promesa de la Ilustración americana, portadora de los nuevos principios de la organización social y política. Su quijotesca acometida contra el Imperio español en 1806, cuando desembarcó en la costa venezolana al frente de quinientos voluntarios, exaltó la imaginación popular, sacudió las relaciones internacionales, que llamaron la atención sobre América, e hizo ver a las elites criollas que un levantamiento mejor organizado podía contar con las simpatías de Inglaterra y Estados Unidos.

La gran ocasión para probar la consistencia de los anhelos secesionistas removidos por las desafortunadas expediciones militares de Miranda llegó cuando Napoleón, en la cima de sus victorias europeas, invadió la España borbónica sumiendo la península ibérica en los desastres de la guerra. De pronto, después de tres siglos de administración colonial, una realidad nueva, imprevista y deslumbrante, cegó a todos y cada uno de los habitantes de Hispanoamérica. Los Borbones, en las figuras espléndidamente patéticas de Carlos IV y Fernando VII, habían perdido el trono. Y en su lugar,

## MÁS LIBERAL QUE LIBERTADOR

gobernaba la familia Bonaparte. Al principio, los ciudadanos hispanoamericanos rechazaron el Gobierno títere de París y se organizaron en Juntas con la excusa de preservar la autoridad del prisionero Fernando VII. Sin embargo, antes de dos años, los lectores criollos de Voltaire y Rousseau ya se habían arrancado todas las máscaras, depuesto a los gobernantes peninsulares y reivindicado la independencia.

Al frente de ellos, el ya legendario Francisco de Miranda, que regresó a Venezuela en 1810 para cooperar con la Administración y con el ejército del territorio sublevado. Pero el soñador no pudo hacer realidad sus sueños. En 1810 Miranda era un general de sesenta años, precavido, realista y disciplinado, un liberal moderado y razonador, marcado por años de exilio, desgaste y desilusión. Y lo que exigía la guerra de independencia de Hispanoamérica era un general joven, un genio militar de hierro, agresivo, sin prudencia alguna, sin temores ni inhibiciones. Ese hombre era Simón Bolívar, el romántico impaciente que deseaba alcanzar tantas cosas en tan poco tiempo, el ambicioso y decidido visionario que traicionó a su precursor y admirado maestro entregándole a las autoridades españolas, condenándole a una muerte terrible y lenta en la prisión gaditana de La Carraca del fuerte Cuatro Torres.

A la vez, procesos de emancipación, enfrentamiento social y rivalidad entre liberalismo y absolutismo, las revoluciones de independencia de Hispanoamérica no fueron un movimiento homogéneo y organizado sino un conjunto de rebeliones que estallaron en el momento de la fractura de la monarquía borbónica. Hoy apenas podemos imaginar los combates de Bolívar y San Martín. Salvo en las novelas, tampoco podemos oír los gritos y el caos que acompañaron a los libertadores en su lucha por separar Hispanoamérica de España. Lo que sí podemos conocer son los principios que alentaron aquel conjunto de levantamientos, las reflexiones y cautelas de

## Prólogo

quienes pretendieron dar a esa parte del Nuevo Mundo una conciencia de soberanía, un porvenir de derechos y libertades. Miranda es uno de ellos. Su pensamiento político es el tema de *MÁS LIBERAL QUE LIBERTADOR. Francisco de Miranda y el nacimiento de la democracia moderna en Europa y América*, el brillante ensayo del joven investigador venezolano Xavier Reyes Matheus, merecido ganador del Premio Bicentenario 1808.

FERNANDO GARCÍA DE CORTÁZAR Y RUIZ DE AGUIRRE  
*Director de la Fundación Dos de Mayo, Nación y Libertad*